

Compartimos su punto de vista restaurador de la cultura humanística, pero no concordamos con la fe que deposita en la incorporación del latín para transformar la enseñanza secundaria actual, enciclopédica, pseudocientífica y sin fuerza para despertar ninguna inquietud filosófica, literaria o artística en los jóvenes, en enseñanza esencialmente cultural. Hay viejas y nuevas "humanidades". Carulla se inclina por las viejas, las "lenguas muertas", olvidando que nuestra época tiene filosofía, letras, ciencia, arte, historia, etc., que con un sentido más actual, sin desprenderse del pasado de donde proceden, pueden dar un material considerable y efficacísimo para fundar la orientación humanista de la enseñanza secundaria.

No obstante su empeño "europeizante", y su afán por importar el profesorado que aquí no existe, a la manera de Sarmiento, insiste en una posición nacionalista digna de las ligas patrióticas, excluyente de todo internacionalismo, o de alguna forma de nacionalismo continental, de mucho auge en los tiempos que corren, como el esbozado por Vasconcelos al que hace una crítica débil, sin consistencia, apenas reforzada por una cita de Juan B. Terán alrededor del mismo tema.

En el orden filosófico se declara enemigo del positivismo. Castiga fuertemente a las escuelas normales por haber buscado inspiración en él. Su posición al negar el positivismo es tan dogmática como las de ciertos positivistas al afirmarlo. Creemos nosotros que al positivismo no hay que rechazarlo sino superarlo, y al mismo tiempo reconocerle los grandes aportes que determinó en el campo de la ciencia. En cambio el Sr. Carulla goza recomendando la reforma pedagógica del Ministro Gentile en Italia, plausible por su sentido cultural, pero poco recomendable en muchos aspectos fundamentales.

La segunda parte de este libro contiene cuatro trabajos: en uno, con pasajes tan oscuros que no se descubre la seriedad o la intención irónica que el autor ha querido darle; en otro, un estudio sobre "Diálogos Olímpicos" de Carlos Reyles; luego referencias sobre Francisco Fernández, un entrerriano precursor del teatro nacional, interesan a la novedad; y finalmente, un breve estudio sobre Florencio Sánchez.

Indudablemente, nada se ha ganado con reunir en un volumen de cuidada presentación estos artículos aparecidos en épocas distintas. Como artículos periodísticos pueden ser aceptados, pero como contenido de una obra que aspira a orientar el pensamiento nacional y salvar al país de las corrientes "demagógicas", es débil, dogmático y confuso. Carece de fuerza sugestiva y de poder de convicción.

Hay libros que valen por lo que cuantitativamente dejan en el espíritu del lector; otros por las emociones que despiertan; y algunos por las reacciones que provocan. El del Sr. Carulla no está dentro de ninguna de las tres categorías. Pareciera estar dentro de la tercera serie, pero ocurre que, estando de acuerdo con algunos de sus conceptos centrales, tenemos que mostrar nuestro desacuerdo con la forma de demostrarlo o desarrollarlo. De ahí pues, que creamos en el escaso aporte de este libro.

Los temas elegidos — cultura, educación, enseñanza, etc. — por su propia dignidad han debido ser vistos a través de un cristal que agrandara la perspectiva y con un sentido de mayor profundidad. Hay mucho material en su libro, pero le falta una reposada meditación.

De cualquier modo no le podemos negar al autor la oportunidad con que trae estos temas. Son cuestiones muy debatidas en esta hora. Meditarlas y discutir las constituyen preocupaciones de los espíritus cultos y estudiosos.

JUAN MANTOVANI.



PANORAMA EDUCACIONAL

Al margen de la convención internacional de maestros

Hasta finalizar el año 1927 dos eran las etapas heroicas de nuestra instrucción pública. La primera la iniciaron los hombres del 80 con Sarmiento a la cabeza, quien a su regreso de los Estados Unidos trajo todo el plan constructivo de la enseñanza concebido y ejecutado por su par anglo-sajón Horacio Mann, y lo volcó casi íntegro en nuestra ley de educación del año 84. Ley que respondió ampliamente a las necesidades de su época pero que ya no responde a las necesidades sociales del presente.

La segunda etapa heroica de nuestra cultura la crearon los estudiantes reformistas del año 18, agitando no solamente la opinión del país, sino, también, la de América. Ellos produjeron el milagro de unir por primera vez a las juventudes latino-americanas a través de las fronteras, con un lazo espiritual: los ideales de la reforma universitaria.

Le tocaba a los maestros de escuela imbuidos de los principios de la nueva educación, inaugurar la tercera etapa heroica. No bastaba la reforma de la universidad. Era indispensable transformar todo nuestro régimen de la enseñanza aplicando el concepto psicológico de la unidad del proceso educacional, y el principio técnico-social de la escuela unificada que comprende desde el Kindergarten a la universidad. No era posible renovar el edificio por la cúpula. Había que empezar por los cimientos, o sea por la escuela primaria que es la encargada de redimir del pecado original de la ignorancia a la mayoría de la nación.

Y este plan de reconstrucción total de la educación pública no podía salir del cerebro exangüe de esos pedagogos burocratizados, con la psicología típica del pequeño burgués, barrigón y satisfecho, que acostumbra a jugar a los congresos pedagógicos para consolidar la infalibilidad de los dogmas oficiales y la santa rutina. Tenía, pues, que ser obra de una élite espiritual del magisterio americano. Nadie ignora que nuestros políticos criollos han hecho del magisterio un rebaño. Siempre fueron, por consiguiente, unas pocas individualidades de selección, las encargadas de trabajar por el despertamiento moral e intelectual de la masa ignara. Esas minorías ilustradas e inteligentes, atentas al movimiento de las corrientes anímicas que remozan el alma de la cultura en todos los rincones del mundo, son con respecto a la colectividad amorfa e inerte de la cual forman parte, lo que el espíritu con relación al cuerpo.

Por boca de esas élites habla el espíritu de la época. ¡Y por su espíritu hablará la raza!

Por una rara y feliz casualidad, la Convención Internacional de Maestros que se reunió aquí, el mes pasado, fué el órgano representativo de los educadores de ciencia y de conciencia que forman la vanguardia intelectual de la cultura americana. Su labor y sus conclusiones tenían que resultar lógicamente revolucionarias. Abolir todos los dogmas en nombre de los cuales se embauca a la niñez y quitarle